



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ DE CÁRDENAS



Pilly

Como notable escritor
y perfecto caballero
presento á mi compañero
el nuevo gobernador.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Tabuada.—Sistemas de hacer comedias, XV, por José Jackson Veyra.—Hamoradas, por José Estremera.—Eso del teatro, por Antonio Sánchez Pérez.—Los palos deseados, por Eduardo Bustillo.—Los huéspedes fioleros, por Juan Pérez Zeñiga.—Se alquila un «Don Juan», por Esteban de Palacio.—En la celda, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios. GRAFICOS: José de Cárdenas.—La tabalgata.—Asocios, por Cilla.



La presencia de los reyes de Portugal ha dejado en nuestro corazón un sentimiento de profunda simpatía.

Doña Amelia, sobre todo, es objeto de los mayores elogios por su belleza, por su amabilidad, por lo airoso de su porte y por sus rasgos fisonómicos, que recuerdan los de la malograda reina Mercedes.

Su egregio esposo tiene varios títulos á nuestra consideración y á nuestra simpatía; es el soberano de una nación hermana, y además se parece muchísimo á Manini, el actor cien veces aplaudido en el Teatro de la Princesa.

Bastaría esto solo para que el monarca lusitano se captara desde luego nuestras simpatías.

Manini ha sido objeto de la curiosidad pública, mientras permanecieron aquí los reyes de Portugal. No salía una sola vez á la calle sin que le siguiera gran golpe de gente; en la plaza del Cordón le aclamaron cinco ó seis transeúntes, y uno de ellos quiso hincar en tierra la rodilla para besarle la mano; otro le arrojó al pasar una corona hecha en casa, y otro le paró en una esquina para pedirle la cruz de Cristo de Portugal.

Nuestro amigo entró en la Tabacalera á comprar puros, y allí los empleados se pusieron á tararear el himno de la Carta, haciéndole reverencias.

—Señores, ¡por Dios!—dijo él.—Yo no soy el que ustedes se figuran.

—¿No es V. M. el rey de Portugal?

—No, señor; soy Manini.

Hoy, que la corte portuguesa ha regresado á Lisboa, Manini descansa y vuelve á tomar café con nosotros en la cervecería, sin darse tono.

La visita de los reyes ha venido á estrechar las relaciones entre ambos países; de modo que desde anteaer nos amamos muchísimo portugueses y españoles.

Lo primero que hice yo al entrar esta mañana en la peluquería de Almeida, súbdito lusitano, fué estrecharle contra mi seno y estampar en su frente un ósculo fraternal. Él correspondió á mi cariño con un abrazo, y después me afeitó dulcemente.

—¿Qué hermosa es la unión de dos pueblos!—me decía.

—Sí, muy hermosa, pero respéteme usted el bigote—contestaba yo.

—¿Lo echamos abajo?

—Nunca; deje usted que cada cual conserve su fisonomía propia; amémonos, pero sin atentar á nuestros rasgos característicos.

Los españoles que solemos veranear en el vecino reino estamos de enhorabuena.

Dadas las íntimas relaciones que existen entre ambas potencias, podremos entrar en Portugal sin que nos molesten los de la aduana.

—¿De quién es este baúl?—preguntará un aduanero.

—De un español, de un hermano, como quien dice—contestaremos nosotros.

—Pues hay que abrirlo.

—¿Cómo? ¿Se atreverá usted á reconocer las ropas interiores de un miembro de su misma familia? ¿No sabe usted que nos amamos desde el 15 de Noviembre último?

Y el aduanero, en vista de estas razones, dejará que introduzcamos en Lusitania el tocino doméstico ó bien el garbanzo nacional, artículos ambos de primera necesidad entre españoles castizos.

La mayoría de los bañistas que nenden á Espinho, la Figueira, Cascaes y demás playas portuguesas, llevan en el baúl buena cantidad de embutidos, cereales y otros comestibles hispano-extremenos. Hasta ahora los dependientes de fisco empleaban toda su energía en evitar que se introdujesen en aquel país dichos comestibles sin pagar derechos; pero las cosas han cambiado radicalmente, y habrá familia que llevará consigo un cerdo entero, protegido por la bandera roja y gualda.

—¿Quién es este sujeto?—dirán los de la *al'andega*.

—Un gorrino español—contestará el bañista.

—Pase sin cuidado; respetamos los lazos que deben unir á ambos países.

Podrá suceder que con esta fraternidad se perjudiquen los intereses de los tenderos lusitanos; pero habremos dado un gran paso en el camino de la unión ibérica.

Hasta ahora, con restricciones aduaneras y todo, había bañista que no gastaba en Portugal más que un panecillo diario y dos ó tres patatas; los demás comestibles los llevaba en el baúl; desde el tocino hasta la flor de saico por si se resfriaba.

El año próximo veremos introducir por la frontera no sólo el embutido, sino el repollo, y habrá quien veraneé, tomé baños, pague el alquiler de la casa y aún tenga dinero sobrante para comprar una handurria portuguesa.

En fin, que ha sido una verdadera dicha para nosotros esta fraternidad entre ambos reinos.

Nó sé si á estas fechas se habrá puesto á la venta el nuevo libro de mi compañero Manuel Matoses, *Danza de monos*, ilustrado por Pous, el famoso caricaturista. Yo he tenido la suerte de leer la obra antes de que figure en los escaparates de las librerías, y en días y en mi ánimo juro que es de lo mejorcito que ha publicado el infatigable editor Fernández Lasanta.

¿Y cómo no? La firma de Matoses, una de las más populares en España, es desde luego prenda segura de la bondad del libro.

En sus páginas hallará el lector curioso amenísimos trabajos donde brilla el ingenio siempre chispeante del antiguo redactor del *Gil Blas*. Leyendo á Matoses, aun el hombre más triste y melancólico echa en olvido los sinsabores del mundo y se entrega al regocijo, no por su espontánea voluntad, sino por la influencia poderosa de aquellos artículos, que rebosan gracia y predisponen á la alegría.

En fin, no me ciega la pasión, *Danza de monos* es un libro que debe leer todo el país, ó mejor dicho, ambos países, España y Portugal, ahora que nos amamos cordialmente.

¡Y viva Matoses!

LUIS TABUADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XV

(A MI BUEN AMIGO SINESIO DELGADO)

Quieres que hable como autor,
y ahí va la verdad entera,
que declaro sin temor,
lo mismo que si estuviera
delante del confesor.

Al escribir diligente,
de la forma no me pago.
¿Que hago comedias?... Corriente;
mas confieso ingenuamente
que no sé cómo las hago.

Obrillas sin interés
siempre las mías serán,
pues no imito del inglés,
ni tradusco del francés,
ni tomo del alemán.

Todo me parece feo
cuando yo no lo concibo
y lo ajunto á mi deseo;
yo escribo, pero no leo,
y usfalsé lo que escribo.

Con las tramas más sencillas
hilvano mis zarzuelillas;
las maduro, las planeo;
cojo cuarenta cuartillas,
las emborrono, y *¡tus Deo!*

Sin plan plumada no doy.
Para escribir al acaso
declaro que torpe soy,
porque yo no doy un paso
sin saber adónde voy.
Nunca viájo en mercancías,
siempre tomé el *tren exprés*,
y escribo mis tonterías,
siendo en verso, en cuatro días,
y si soy en prosa, en tres.

El deseo de acabar
me pierde por esos trigos.
¡Tres días y *acto á volar!*
Si alguien lo duda, hay testigos
que lo pueden afirmar.

Para hacer un mamarracho
el lujo me causa empacho:
mi modestia se resiente,
y escribo difícilmente
en la mesa de despacho.

Si el tiempo es primaveral;
buscando espacio ideal,
me voy de gorro y batin,
cuando hay jardín, al jardín;
si no hay jardín, al corral.

¿Qué hay gallinas?... Me acomodo
y con las aves me encierro.
Yo cacarea á mi modo,
y si me ladra algún perro,
ya tengo crítico y todo.

Libre de trabas sociales
el espíritu se agranda.

¡Mis éxitos más formales
se los debo á los corrales
de Vicálvaro y Arganda!

Del trato tengo que huir.
Habiendo gente delante
me es imposible escribir.

¡Yo soy para concebir
una especie de elefante!

Cuando trabajo á destajo,
ni suspendo mi trabajo
ni desando mi camino.

Lo que empiezo, lo termino
por arriba ó por abajo.

Soy público sin querer,
y en cuanto consigo hacer
escena que juzgo buena,

me espanto, y me llamo á cuenta
sin poderme contener.

Cuando la musa que vuela
termina pieza ó zarzuela,
entonces mi orgullo crece,
y enteramente parece
que se me ha muerto mi abuela.

Cuando la ensayo, me enfro,
y en la ejecución confío;
pero, ante el peligro, cedo,
y al estrenar, tengo un miedo
de padre y muy señor mío.

Fuyo siempre que fracasa,
pero si la cosa pasa,
llevo dulces ó pasteles
á los siete *churumbelos*
que me aguardan en mi casa.

Hago del triunfo memoria
y de la comedia historia,
y comiendo pastelillos
dicen todos los chiquillos:
«¡Papá, qué dulce es la gloria!»

Y yo, viendo la afición
del infantil batallón,
mis derrotas recordando,
les contesto suspirando...
«¡Qué amargo es un *revientón!*»

Tú, Sinesio, fiel testigo
de momentos tan crueles,
pídele al Dios, que bendigo,
que coman siempre pasteles
los retoños de tu amigo.

De mi sistema ordinario
sabes lo más necesario.

«*Deje la verdad entera,
lo mismo que si estuviera
al pie del confecionario!*»

JOSÉ JACKSON VEYAN.

HUMORADAS

I
Por huir de los hombres, Sacramento
buscó la dulce paz en un convento,
y ya la pobre olvida sus deberes
buscando una ocasión cada momento
de escapar, por huir de las mujeres.

II
En no sé qué sermón oyó Mariana
que siempre es el amor obra del diablo,
y ya con fe sincera ante el retablo
adora á San Miguel... por la peana.

III
Ya sé que dió con su virtud al traste
el cura con que ayer te confesaste.

IV
Es inútil que digas, alma mía,
que eres joven, muy joven todavía,
que, al mirarte al espejo,
te he visto ya fruncir el entrecejo.

V
Esa no arrepentida Magdalena
no por amor al hombre se condena,
que faltó á sus deberes
sólo por dar envidia á las mujeres.

VI
Le rezan hija y madre á San Antonio
conritas y fervientes,
y le piden dos cosas diferentes:
la ana viudez, y la otra matrimonio.

VII
Que no vaya á la iglesia dijo á Pura
ayer el señor cura,
porque, viendo los fieles su semblante,
pierden la devoción en el instante.

VIII
Ya soy muy bueno, en vez de condenarme,
al cielo me iré pronto,
y lo prueba que ya dan en llamarme,
el cura, santo, y las mujeres, tonto.

JOSÉ ESTREMERÁ.

ESO DEL TEATRO

No por obedecer á imposiciones de la moda, sino por motivos muy poderosos, cuyo conocimiento ningún interés tiene para el público, he permanecido durante algunos meses fuera de Madrid; este alejamiento de la villa y corte ha sido causa de que, hasta

hace muy pocos días, no haya llegado á mi poder un ejemplar del periódico nombrado *El Resumen*, correspondiente al día 14 de Septiembre del año actual; sirvan estas palabras de explicación al inteligente cuanto benévolo escritor D. Alfredo Murga, con quien estoy en deuda de gratitud y de cortesía desde la fecha mencionada.

En el dicho número del dicho diario publicó el también dicho Sr. Murga, bajo el epígrafe: «¿Se puede pasar?» una donosa y sabrosísima carta dirigida á *El Abate Pirrocas*: carta en la cual había para mi elogio exageradísimos (tan exagerados que me parecían burlas), alusiones cariñosas y aun reticencias un tantico intencionadas.

Sobre si he dicho, ó si he dejado de decir, que el teatro español no está en decadencia, como algunos creen (ó afirman sin creerlo), discurría con sumo gracejo y discreción grande el ingenioso señor Murga, y después de manifestar que, á su juicio, existe en efecto esa decadencia declarada con delicada ironía y con mucha sal y no poca pimienta que daba un paso atrás y comprendía su error (!!), porque cuando D. Antonio lo dice — son palabras textuales del señor Murga — en algo se confundirá.

Ya lo creo que me fundo en algo, y si el Sr. D. Alfredo Murga, que tan claro entendimiento y tan admirable peripatética demuestra, se hubiera tomado el trabajo (improbo, lo reconozco leal y sinceramente) de leer uno de esos trabajos míos á que con tal donaire alude, habría visto y acaso habría pesado esos fundamentos que solamente en hipótesis admite.

No voy á repetir ahora lo que en otras ocasiones he dicho; pero si quiero y debo, para no pecar de desatento con tan cortés adversario, insistir, aunque sea de pasada, sobre mi argumentación, hasta hoy no rebatida por los que con más ensañamiento hablan de la decadencia de nuestro teatro.

El estado de un teatro cualquiera se determina siempre por tres factores: la afición del público, la producción de los dramaturgos y la ejecución de los actores. El público sostiene hoy más teatros que ha sostenido nunca; autores dramáticos los tenemos á centenares; cómicos de primera fila, si no abundan, porque lo bueno jamás abunda, no escasean. ¿Se niega alguna de estas afirmaciones? ¿Cuál de ellas?

Sobre la que se niegue no tengo inconveniente en discutir, más con hechos que con razones.

¿No se niega ninguna?

Pues entonces, ¿en qué consiste la tan cacareada decadencia?

Aparte de esto, ni el Sr. Murga, ni uno sólo de los que dan por incontrovertible el hecho de que nuestro teatro languidece y decae, ha contestado á mi pregunta, varias veces repetida: «¿con respecto á qué época señalan ustedes esa decadencia?» Este dato es, no obstante, de necesidad absoluta para que á conciencia se dilucide asunto tan interesante.

Porque es claro que si para llamar decadente al teatro se fundan en que no ha nacido otro Lope, que escriba más de mil y quinientas comedias; pues la naturaleza, como dijo en ocasión solemne el autor de *El hombre de mundo*, no realizará milagro igual en mucho tiempo,

«porque descansando está
de aquel esfuerzo gigante.»

nadie se atreverá á negar que tienen mil veces razón: no ha nacido otro Lope, como no ha nacido, ni es fácil que nazca, otro Miguel Cervantes; pero así como á nadie ocurre decir que la novela española está decadente porque no salga cada lunes y cada martes un novelista con su historia del *Ingenioso Hidalgo*, á nadie debía parecerle que decae el teatro porque no tengamos á diario, ni aun para los días de fiesta, un *Alcalde de Zalamea*, una *Estrella de Sevilla* y una *Verdad sospechosa*.

Siempre el teatro, como las otras manifestaciones del arte, y acaso más el teatro que ninguna, pareció decadente á los contemporáneos; no había de ser nuestro tiempo una excepción de la regla.

Unido al tema de la decadencia de nuestro teatro va hace algún tiempo el de la fundación, ó creación, ó formación, ó lo que ustedes quieran, del *Teatro Nacional*, y también acerca de esto nos da el Sr. Murga su opinión autorizadísima y respetable, reducida á manifestar que el *Teatro Nacional* ha de ser sostenido por el Estado; que los artistas notables han de reunirse en una sola compañía; que los autores escriban más, y que la crítica teatral se ejerza con formalidad y acierto.

Como yo sólo me proponía darne por enterado de lo que el Sr. Murga había dicho al *Abate Pirrocas* y hacer público mi agradecimiento al galante articulista autor de «¿Se puede pasar?», realizado este propósito y cumplido ese deber de cortesía, no me considero obligado á decir lo que pienso con relación á cada una de las afirmaciones del Sr. Murga; pero no he de ocultar que soy opuesto á que el Estado costee teatros, y que lo de reunir en una sola compañía á todos los artistas notables me parece irrealizable, y además de ningún resultado práctico si, lo que no es fácil, llegara á realizarse.

En arte, como en economía, soy enemigo de la centralización y del monopolio; en el teatro, lo mismo que en la política, sólo veo en la libertad una solución salvadora.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA CABALGATA



Un arcabucero del siglo XV en estado de crisis.



Idem idem convertido en mariposa.



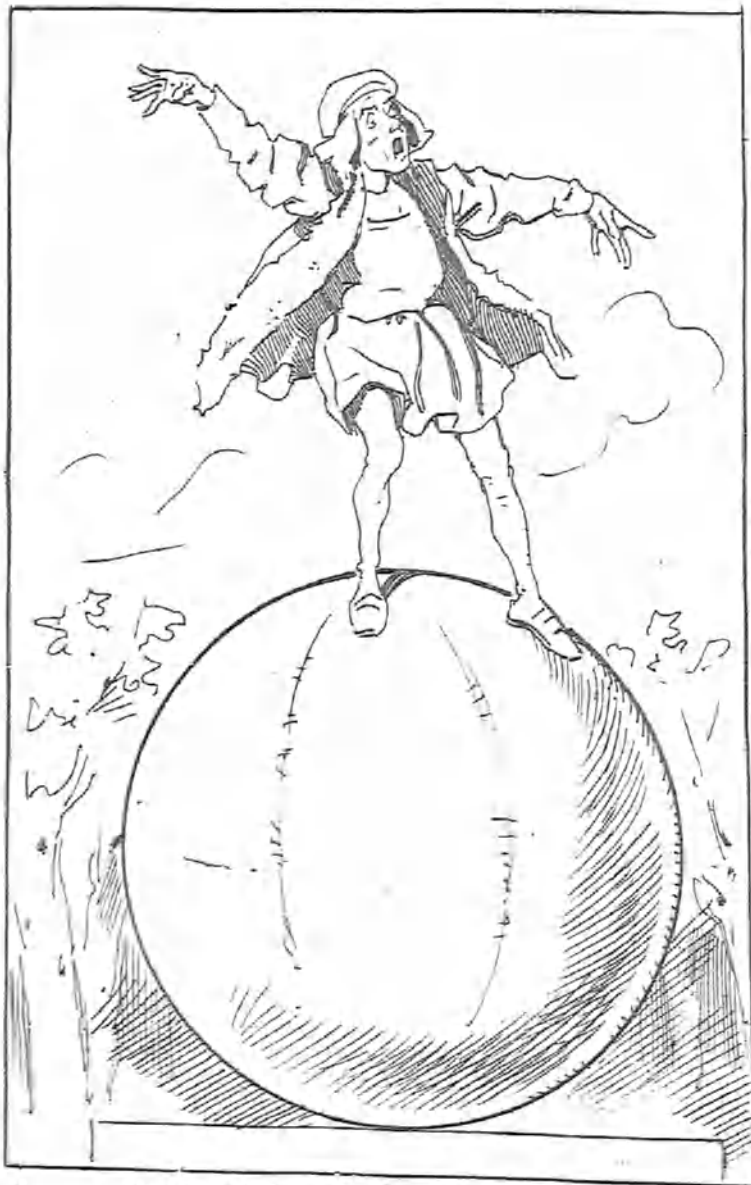
Los frailes de la Rábida el día de la procesión.



Los mismos reverendos padres al día siguiente.



Bussato entre los marineros de la Santa María para evitar que nos hiciéramos la ilusión completa.



El equilibrio inestable, ó la apoteosis de una pelota fina de Pamplona.



Un músico de 1492 con gafas y cornetín del presente siglo.



Una salvaje avergonzada de sí misma, y con mucha razón.



El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba adelantándose a su época.



Los que hicieron su agosto con los preparativos del desfile.



El flan de los indios.



Poetas y dramaturgos con la dalmática al cuello.

¡Ese hubiera sido el bello ideal de Javier Burgos!

LOS PALOS DESEADOS

En el sainete famoso
es mujer quien pide palos,
por femeniles caprichos
que al marido tienen barto.

Es hombre el que en este lance
se busca los estacazos,
sin juicio para temerlos,
sin cuerpo para aguantarlos.

Con el capricho le mueve
el tesón más temerario
del que arrostra los peligros
sin fuerzas para un mal paso.

Porque es Pepe, el hijo único
y enclenque del boticario
de este pueblo de Castilla
cuyo nombre no hace al caso,
un mozo sietemesino,

débil, desvaído y flaco,
á quien ni color dió el iodo
ni el hierro vigor ha dado.

Pero es enamorado
el demonio del muchacho,
y cabezudo en empresas
aunque en ellas desairado:

y tal salió de la última
de Cupido con los trastos,
que dudo yo que con Venus
se meta otra vez en tratos.

Era ella garrida moza
de arranque y empuje, tanto
que, á cederle sus caricias,
le ahogaría entre sus brazos.

No se las cedió soltera,
y, casada con un bárbaro
que á fincar llegó en el pueblo
ya coronel retirado,

metió más en la aventura
al galán de tres al cuarto
que á ratos le daba risa,
comprometiéndola á ratos.

Hállole en algún renuncio
el coronel escamado,
que de Madrid llevó un rotén
por todo bastón de mando,
de los que Gras anunciaba
en este gran semanario
en prosa y verso y con *monis*,
de Cilla graciosos trazos.

Junto al corral cierta noche
se hallaba Pepe rondando,
y dió en las terribles uñas
de aquel celoso soldado
que, á golpes del roten duro,
puso al rondador tan blando
que era, por los cardenales,
todo un Cónclave romano.

Fueron pocas los jaropes
de su padre el boticario,
á quien el chico maltrecho
gastó un dineral de emplastos.
seguro ya, entre quejidos,
de que hay, por arte del diablo,
fruta de mercado ajeno
que no medura *ni á pal's*.

EDUARDO BUSTILLO.

LOS HUÉSPEDES FRIOLEROS

LA MEJOR CALEFACCIÓN

Doña Paz Reconcomio, la patrona
más amable que he visto,
tenía en la plazuela de la Leña
un cuartucho tan húmedo y tan frío
que, en llegando el invierno, se quedaban
helados los pupilos.

E- fin, ¿cómo sería,
que un huésped que cayó con el moquillo,
después de haber estado un mes en cama,
bajó á la *tumba fría* dando gritos
y la halló templadita, según cuenta
un primo sayo espiritista y bizco?
Pues bien, cierto señor de Fuencaliente,
viéndose la nariz hecha un granizo
y con dos lagrimones congelados
en medio de un carrillo,
le dijo á doña Paz: —¡Por Dios, patrona,
ponga usted tan siquiera un brasero
que nos temple lo que halle más á mano!
Y exclamó la patrona: —¡Concedido!
Compró un brasero humilde, aunque con aspa,
pero á pesar de prodigar el cisco,
tenía seis sorbetes en su cuarto
en vez de seis pupilos.

—¡Es preciso encender la chimenea!
gritó un huésped mogón que toca el pito.
—Corriente, dijo el ama
y echó leña de firme en los morillos.
Pero esto no bastaba, pues seguía
teniendo doña Paz en su recinto
seis témpanos por huéspedes.
(¿Qué esdrújulos más pícaros!)
—¡Y un *chouberski!* ¡Que traigan un *chouberski!*
gritaron aterridos.

Y la patrona, que era
buena hasta lo infinito,
un *chouberski* compró, y un mes lo tuvo
día y noche encendido.
Pero ¿qué logró? ¡Nada!
Ver en su domicilio
mucho cok sin pagar, un armatoste,
y en constante martirio
seis huéspedes *frappé* desesperados
y á marcharse á otra parte decididos.
Mas una gran idea
le ocurrió á doña Paz ante el conflicto.
Ella sabía que Pilar, la chica
de la portera, natural de Pinto,
gustaba un corazón fogoso, ardiente,
capaz de hacer volar un edificio,
Y la pobre señora,

queriendo conservar los seis pupilos,
así dijo á Pilar: —¿Quieres servirme?
—Sí tal.

—Pues á un capricho
que tengo has de acceder.

—Como usted quiera.
—No es tu pecho un volcán? Pues desde hoy mismo
llevarás en el cuerpo un gran escote
para andar por la casa; yo te flo
que no te pesará, y así veremos
si se templá una miaja este recinto.

No sé lo que será; mas desde entonces
no se quejan los huéspedes de frío
y, sin perder á la Pilar de vista,
se hallan siempre los seis tan calentitos.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

SE ALQUILA UN «DON JUAN»

«Esto se va,» como decía un «caballero» que tallaba los últimos
veinte duros de quinientos que había colocado sobre la mesa, al
empezar la fiesta.

Esto se va: el arte está perdido.

Ya no inventan compañías fúnebres, como solían, esos empre-
sarios de *hurlote dramático* que aparecían en Madrid, por feria,
ó, por lo menos, se daban á luz en esos días.

¡No ¡ay! uno por un ojo de la cara!

—El espíritu de asociación no puede entre nosotros —clamaba
un galán de carácter anémico y vergonzante. —Somos excepciones
deshonrables de la humanidad: necesitamos un negrero, un em-
presario rico, aunque sea relativamente.

Sin embargo, aún hay patria.

Aún se presenta algún primer actor de embolados que, merced
á las economías y al apoyo de algún amigo «caudalado» que
arriesga doscientas pesetas, *forma* para cualquier teatro de tercer
ó cuarto orden; teatro vecinal.

Y, por consiguiente, el hombre, ó sea el actor-empresario, ne-
cesita *Mejías*, y *Gonzalos*, y *Diegos*, *Ineses*, *Lucías* y demás perso-
najes de la obra, menos *Don Juan*, porque para *Juanes* se basta á
sí mismo.

Esas compañías fúnebres duran lo que duran el *Tenorio*, las
gachas y los buñuelos.

El novenario de difuntos.

Para los cómicos de honras ó dramas fúnebres, el alivio de luto
significa media dieta.

Media, porque aún quedan algunas pesetas de los sueldos con-
quistados en la *Hostería del Laurel* ó en el *cementerio*.

Después del novenario empieza el ayuno hasta el año siguien-
te, en la misma fecha.

¡Pobres artistas!

Viven, como las agencias funerales, de los muertos.

Entre ese montón de actores *trusados* hay héroes y mártires.

Ulloas que pasaron de la fragua al escenario.

Mejías huérfanos de gramática, pero de nacimiento; porque
nunca la conocieron, no porque se les haya muerto.

Tenorios y *Centellas* de obra prima.

—¿Cómo viven? —preguntará algún curioso impetivente.

En el mayor vilipendio.

¡Con cuán ofensivo desprecio les miran sus «compañeros» en
arte!

¡Los felices, los privilegiados!

He dicho que hay mártires entre ellos, y yo he conocido á uno
de ellos.

Mártir del arte, de sus convicciones artísticas y de la carencia
de contratas.

—Paso mis días —me confesaba — devorando en secreto el pesar
de verme postergado.

—¿Solo? ¡Ah! —le pregunté procurando entonarme por lo trá-
gico.

—No, con aquélla; con mi esposa... teatral.

—¡Ya!

—Estoy pasando el noviciado. Los agitadores perecen en la lu-
cha; los fundadores, los iniciadores de una escuela nueva, son las
víctimas propiciatorias.

El desdichado cuanto notable artista protesta contra la escuela
de *Romea* y su tiempo.

—Don Julián vino á matar el arte dramático —declama. —La
verdad trágica, la verdad dramática, no son la naturalidad, mal
llamada, de D. Julián. Hay que sentir, hay que llorar, hay que
enfurecerse, hay que gritar, hay que rugir, según los casos, hay
que bramar...

«Hay que tener
muchísima paciencia.»

continué yo con música de *Los Madriles*.

—Mire usted —añadía, — cuando represento un papel de rey en
alguna comedia del teatro antiguo ó del repertorio, como *Máiquez*,
me endioso y me creo majestad *per me*. Ni mi tierna cónyuge, á
la cual adoro, se atreve á dirigirme la palabra sin darme trata-
miento. Desde que empiezo á ensayar como fuera de casa, aunque
me cueste el dinero.

—Es natural.

—Porque soy tan partidario de la verdad teatral, que creo, como Mario: ¿que hay que comer gallina en escena? Pues gallina, y cueste lo que cueste. Y yo voy más allá: empiezo á comerla en cuanto empiezo á ensayar el papel.

—Tiene usted razón, y exija el que caliga.

—Y que el actor coma de veras, aunque reviente; que coma y que beba con propiedad. Ya sé yo que se necesitan facultades para ello; por eso exigiria yo á los artistas que tuvieran estómago y fuerzas físicas y... muchas condiciones; créame usted á mí.

—¿De modo que usted, cuando hace de rey...

—Como según creo que exige el papel, porque, de lo contrario, me parece que hasta el público ha de conocer el *vacío*, y decir: «Ese pobre monarca está extenuado por no comer cosa caliente.»

—Ajá.

—Así es que, ya se sabe: cuando hago de majestad ó de príncipe algo extranjero, no hay quien me quite mi cubierto de diez reales en la *Fonda de Comercio* si es en algún teatro de Madrid.

—¿Ave María!

—Es decir, no hay quien me lo quite, suponiendo que haya quien me lo dé.

—Pero en Madrid ha hecho usted pocos reyes.

—Algunos el año que estuve en el Español como barba de la clase de cuartos.

—¿De cuartos ó de perros chicos?

—Que ya no eran casi papeles de barba los que me repartían; al contrario, casi siempre tenía que salir afeitado, porque me daban papeles de actor de carácter, camarero, ó lacayo, ó criado, pero de confianza, esto sí.

—Injusticias del servicio.

—También me tocó hacer, en funciones de tarde y en comedias del teatro «muy antiguo,» algún monarca de esos «para los aficionados que gustan de bajar al redondel.»

Pues bien, este hombre, que no solamente es un actor, sino un genio, un jefe de escuela, nada menos, se ha visto obligado á anunciarse ofreciendo sus servicios artísticos al público en esta forma, aprovechando la temporada de *Tenorios* que sobreviene en Noviembre todos los años:

«¿Se alquila un *Don Juan*!

No es primerizo, y tiene personas que le abonen.»

EDUARDO DE PALACIO.

EN LA CELDA

Fray Antonio se hizo fraile, es decir, se enterró vivo por la razón ó motivo de que una noche, en un baile, cierta Inés á quien quería le dió á entender claramente que aquel su deseo ardiente en deseo quedaría.

Y el bueno de Fray Antonio, presa de rudo tormento, fué y se metió en el convento renunciando al matrimonio.

Allí, reza que te reza con fervor, á todas horas, las ideas pecadoras se quitó de la cabeza,

y fué curando uno á uno sus ataques de neurosis amorosa, con las dosis de penitencia y ayuno.

Ya se dirigía á Dios olvidando á la doncella sin que la memoria de ella se pasiera entre los días, y gozando la ventura de aquel celestial consuelo elevaba el alma al cielo limpia de la mancha impura,

cuando, creyendo vencido el germen de las pasiones en los ocultos rincones de su cerebro dormido,

de aquella adorada Inés surgió la imagen hermosa, vaga al principio y borrosa, clara y precisa después.

—¡Tentación de Satanás!— se dijo, y luchó valiente rezando constantemente y ayunando mucho más.

Pero en vano, la visión tomaba cuerpo, crecía, y el buen fraile la sentía metida en el corazón.

Por fin cayó acongojado con el alma lacerada ante la imagen sagrada de Jesús crucificado.

—Me está matando el amor, exclamó, vos lo sabéis...

¡Ya que no me perdonéis, compadecedme, Señor!

Porque en balde gimo y lloro para ahogar ansias de besos; me estoy quedando en los huesos y con los huesos la adoro!

Ni la oración ni el cilicio pueden apagar la lumbre; ¡me abrumba la pesadumbre del inmenso sacrificio!

¡Dadme un instante, un momento de pasión correspondida, y os daré en cambio una vida de penitencia y tormento!—

A este punto, la figura milagrosa de Dios Hijo abrió la boca y le dijo con irónica amargura:

—Vienes á mí equivocado.

Esas cosas, Fray Antonio, pídeselas al demonio, que son de su negociado.

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Pues señor... no está seguro ningún empleado del Ayuntamiento. Lo siento por ellos, pero me alegro por los usureros que hayan prestado á algunos con los intereses módicos que se usan.

¡Porque estarán pasando unos ratos!

—Vengo á pedirle, don Blas, la mano de su hija Esther.
—Y ¡qué diablos va esté á hacer con la mano nada más?

VICTOR BARAGASA.

En uno de nuestros números anteriores, y con el único objeto de cazar un gazapo gramatical de *Arceobón*, se aludió incidentalmente á los salones de una dama de nuestra aristocracia, que sólo respeto y consideración nos merecía.

Como alguien pudiera dar torcida interpretación á la redacción del citado suelto, nos apresuramos á manifestar que no hay en nuestro comentario doble sentido ni ánimo de molestar á nadie.

Cosa que, por lo demás, se desprende perfectamente del texto.

El señor marqués de Cubas ha dejado cesantes á algunos guardias municipales por estar de uniforme en las tabernas.

Y ahora dirá algún infeliz de los que han perdido la nómina:

—¡Cuerno! ¡No sabía yo que los establecimientos de vinos eran inviolables y había que dejar las insignias de la autoridad á la entrada!

Leo:

«Para el mes de junio de 1897 se celebrarán en Lisboa grandes fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubridor de las Indias, Vasco de Gama.»

Y, como se ve, se anuncian con anticipación. Si empiezan á prepararse ahora, pueden resultar muy lucidas.

Aunque también nosotros hemos estado una temporada echando cuentas... ¡y ya ven ustedes lo que ha resulto!

Esta escena del final
(me dijo el autor Hermida)
no la encuentro teatral.
¡Féngala esté en un corral
y entre el público en seguida!

MIGUEL AGUIRRE.

Libros:

Canto á Colón, de D. Ricardo Güijarro, leído en el Teatro Español por D. Antonio Vico en la función celebrada recientemente en honor á los reyes de Portugal. Precio, una peseta.

En tropel, cantos españoles, por Salvador Rueda. Preciosa colección de poesías del distinguido poeta andaluz, que con la magia de su estilo y el brío de su inspiración ha llegado á colocarse en primera fila. Precio, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

«Lo firmo!—Podría pasar si no tuviera algunos ligeros defectos que perjudican la fluidez de la versificación.

El Manco.—Tampoco está mal hecha del todo. Pero el asunto es pequeño y está diluido en demasiados endecasílabos.

Sr. D. M. J. M.—Me gusta poco, si he de hablar con entera franqueza.

Licenciado Lápis.—Lo siento con todo mi corazón, pero los defectos de sus *Contrastes* no son de los que se arreglan fácilmente.

Filóneros.—Tampoco esa tiene remedio. ¡Qué le hemos de hacer!

Un republicano.—Son bonitos los dos romances. La composición, en conjunto, tiene la *contrá* de que están gastadísimo esos contrastes, y es imposible darles la más pequeña novedad.

Campanillas.—¡Ay! Ni en broma se puede hablar de eso. Anda el fiscal con cien ojos para pescar irreverencias.

Dos hambrientos.—¡Caramba! Pero podían ustedes entretener el hambre en otra cosa, un vez de hacer romances malos.

Sra. Doña A. G.—Madrid.—Tampoco esas seguidillas son cosas del otro jueves.

Rodajas.—En los cantares lo primero que debe uno hacer es... no cometerse las sílabas.

Emilio.—Carece de fluidez y soltura. Pero no se apure usted, que eso mismo le pasa á algunos sonetos de los dedicados á Colón esta temporada.

Cigüeto.—«Hermosa huri del cielo de Mahoma,
templo sagrado del amor vehemente,
yo te consagro mi amor puro y sincero
como consagra al mar su vida el marinero.»

Si cree usted que eso está bien medido, es usted capaz de creer que los pájaros maman.

Invariable.—Pues es preciso variar... y contar las sílabas.

Rodajas.—Medianillos son los tres cantares. Y al primer verso del segundo le falta una sílaba.

Sr. D. A. C.—La Palma.—Siento mucho no poder complacerle, pero no tenemos números sueltos tan atrasados, y precisamente para completar las colecciones del 83 y 84 tenemos que reimprimir algunos.

El Marqués de la T.—Las parodias del celebre soneto de Santa Teresa se han pasado... á fuerza de hacerlos.

Rosa.—Y nada, y nada se debía usted quedar de un momento á otro, para no recitar ni escribir semejantes maldadías.

Bohío.—Vaya usted con Dios, joven. Que yo no quiero tener lectores sin sentido común.

Sr. D. F. L.—¡Si no fuera tan larga! Pero ¡ay! se parece en eso á las fiestas del Centenario, que no se acaban nunca.

ANUNCIOS



—Si quieres, bella Polonia,
tus lindos ojos curar,
lávatelos con *Colonia*
de casa de PALOMAR.
Fuencarral, 24.
Perfumería y droguería.



Entrambos Reyes Católicos,
para honrar más á Colón,
fueron á *Las Tullerías*
después de la procesión.
Núme. 5.



Niñas, hasta de llanto,
no más suspiros;
antes de endulzar las penas,
debo advertiros
que hay un *Bazar de Comas*
como ninguno.
¡Plaza de la Cebada,
número uno!



Quando voy de recepción,
antes de ponerme el frac,
pruebo el *Aragón-Cognac*,
que es la gala de Aragón.
Vente Libre.—Zoragosa.

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIÓCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO



FÁBULAS Y CUENTOS
por JOSÉ ESTREMEBA
Precio: 2 pesetas.
MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.
PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.
ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
enadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.
TITIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.
GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÓNGA, dibujos de CILLA,
Madrugada y Ciego.—Precio: 3 pesetas.



¡Este rico pelibtero
y estas telas de Damasco
daria por un sombrero
de *M. García Curruasol*
Carreras, 28.



Toma después de comer
cognac fino de Moguer,
y si te sentara mal,
dí tú que se va á romper
el concierto universal.
Sobrinos de Guinea, Carreras, 27.



Á dos pasos de la fiera
quedé tranquilo y parado
con un traje de *Pesquera*,
¡y el toro cayó, asombrado
de lo magnífico que era!
Magdalena, 20.



—¿Qué es eso?
—Que un pelotazo
le ha saltado cuatro muelas.
—No hay que apurarse; que *Tirso*
le ponga otras cuatro nuevas.
Mayor, 73.



Quisiste entrar en la gloria
sin camisa de *Martinez*,
y te echaron á patadas
ángeles y serafines.
San Sebastián, 2.